

Sara Quintero. *De algas y perlas*
8 de febrero – 5 de abril, 2025

El tiempo del estupor tituló Valeriano Bozal su aproximación a la pintura realizada tras la Segunda Guerra Mundial (Siruela, 2004). El arte, escribió, no podía ignorar ni asumir todo lo que había sucedido en los años inmediatamente anteriores, la violencia ejercida sobre la población civil, el genocidio, las masacres, acontecimientos que suponían un fracaso crítico de las esperanzas ilustradas del arte y la cultura. Bozal dudó sobre el término más adecuado para calificar la terrible experiencia de la guerra: perplejidad, asombro, incredulidad... estupor. Vivimos instalados en un tiempo de estupor, paralizados ante el horror de los acontecimientos que día a día amenazan con explotar un mundo fragmentado. “El mundo temblaba y se estremecía y amenazaba con arder”, reflexiona Virginia Woolf a través del personaje de Septimus Warren Smith, soldado voluntario en la Gran Guerra, de su novela *La señora Dalloway*. Cuando se cumple el centenario de la edición de esta obra, La Casa Amarilla centra su programación en torno al libro y al legado de la escritora, cuyo pensamiento continúa siendo revelador para atender a cuestiones decisivas ante las que tomó posición, sin temor a declarar su antimilitarismo y feminismo en un tiempo sombrío surcado por dos conflictos mundiales bajo el dominio de los hombres, únicos beneficiarios de un sistema educativo que rechazaba a las mujeres y exponentes honorables en todos los ámbitos de la creación artística. Woolf se rebeló y con su empeño contribuyó a profundizar en el surco ya trazado de un camino progresivamente fortalecido por el trabajo de tantas mujeres implicadas en el movimiento feminista.

A pesar de que, como señala Janet Wolff en “Feminismo y modernismo”, desde Virginia Woolf muchas feministas han apuntado que la revolución en las artes a comienzos del siglo XX ofrecía apasionantes oportunidades para quienes se dedicaban a la escritura y al arte, los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial supusieron un retroceso que dificultó la incorporación de la mujer a la vida activa. Con la guerra regresó el miedo y el estupor. Virginia Woolf sintió que había perdido su cuarto propio, y con su muerte su legado se desvaneció. Al movimiento feminista de finales de los años sesenta se debe la recuperación de Woolf a partir de la lectura de su ensayo *Una habitación propia*. Entre 1974 y 1979 la artista Judy Chicago realizó la instalación *The Dinner Party*, considerada la primera obra de arte feminista, una historia simbólica de la mujer en el arte occidental que reúne a 1038 mujeres, 39 de ellas sentadas a la mesa triangular. A Virginia Woolf reservó lugar principal en el Ala III; su plato representa una flor con semillas en su interior rodeada de pétalos que se curvan en los bordes, como las páginas de los libros que fueron su salvación en vida.

De *La señora Dalloway* se ha señalado que inauguró una nueva forma de narrar, asentada en una estructura de extraordinaria complejidad cuyo propósito era disolver la frontera entre el mundo interior y el exterior, para asir las más profundas emociones de unos personajes heridos por la historia, al decir de Alex Zwerdling, que Woolf concibe “como si fueran paisajes”. Clarissa Dalloway y Septimus son los protagonistas del relato que transcurre en Londres, un día de junio de 1923. El paso de las horas marca el ritmo de la narración y el sonido percibido por varios personajes permite conectarlos, subrayando la impresión de simultaneidad. A través de Clarissa y Septimus escuchamos la voz de Virginia Woolf: su interés en examinar la vida y la muerte, que entendía como estados psicológicos y no físicos; vivir significaba abrazar el mundo y morir no querer sentir nada. Y explorar la cordura y la locura: “cómo ve el mundo una persona cuerda y cómo la ve un loco; la una al lado de la otra, o algo parecido”.

La vida por encima de todo. “¡Vida, vida! ¡Cómo deseo estrecharte entre mis brazos!” escribió en su diario el 6 de marzo de 1923.

La vida y la muerte, la cordura y la locura, el amor por la vida nacido de la cordura y de la demencia, que Merve Emre analiza en la versión anotada de la novela (Akal, 2023), aparecen sugeridas en las pinturas y dibujos que la artista Sara Quintero presenta en su exposición *De algas y perlas*. La guerra los atraviesa sin concesión y como en la obra de Virginia Woolf todo está conectado, manteniendo el equilibrio tan buscado por la escritora. El mundo exterior se disuelve bajo las aguas, las olas que proyectaban su corazón hasta lo más alto, rompiéndose para volver a alzarse provocando el dolor insoportable que le hacía desear la muerte, pasan por encima en los fondos submarinos que pinta Sara Quintero, donde habitan suspendidas y a resguardo las sombras inciertas de presencias fantasmáticas. Como Clarissa, Virginia Woolf se sentía vulnerable y envejecida, incapaz ya de disfrutar, antes de entrar en un salón, del exquisito suspenso que debía experimentar “un buceador antes de lanzarse al agua mientras el mar se oscurece y se ilumina a sus pies y las olas que amenazan con romper pero que sólo quiebran con suavidad su superficie, hacen rodar y ocultan las algas incrustándolas con perlas”.

Incluso una sirena, pensaba Clarissa, podía ver el ocaso en su espejo sobre las olas. Virginia Woolf receló de los espejos, cuyo reflejo mostraba la disolución de la identidad. Sara Quintero perfila en la gélida superficie del espejo las imágenes de los suicidas que nadie contempla, aunque con su decisión honrarán la vida. “Quiero explorar la locura y el suicidio”, escribió Woolf, para mejor comprender la verdad demente.

Virginia Woolf siempre mostró su contrariedad por un sistema que humilla a las mujeres impidiendo su formación, causa principal de “la pobreza de nuestro sexo”. No faltaron quienes, como el socialista William Morris, fundador del movimiento “Arts and Crafts”, defendieron la educación, la cultura y la libertad para todos, en el convencimiento de que la sociedad podía transformarse mediante el arte, aunque finalmente concluyó que el arte no podría desarrollarse sin una reforma social. La lectura de un libro de Morris, oculto en papel de estraza, anima a Clarissa a cambiar el mundo y a fundar una asociación para abolir la propiedad privada. Sara Quintero dibuja, sobre las siluetas vacías de murales florales de Morris, los cabellos de las mujeres del círculo familiar y afectivo de Virginia Woolf. De su madre Julia, modelo predilecta de su tía Julia Margaret Cameron, y de los pintores prerrafaelitas que colaboraron con Morris; de su madre heredó Virginia el placer de disfrutar de las amistades, cuando brotan las ideas. De su hermanastra Laura, “la muchacha de los ojos vacíos”. De su hermana y cómplice Vanessa Bell, pintora y diseñadora de interiores. De su amante Vita, a la que dedicó *Orlando* y de quien escribió: “¡Es increíble cómo puede cambiar el mundo gris, desastrado y mal articulado gracias a la luz que emana!”. De su rival Katherine Mansfield, tras cuya muerte sintió “el vacío de que ya no podría leerme, ¿de qué me serviría ahora ser mejor que ella?”... Y de tantas y tantas mujeres que comparten escenario en esta exposición con fragmentos de papeles pintados rasgados, expresión de la decepción que acompaña a la imposibilidad de evitar el desastre.

Virginia Woolf interrumpió la escritura para conocer a T. S. Eliot un poeta que “piensa en voz baja, te obliga a extraer su pensamiento de las profundidades del silencio”, escribió en los pasajes dedicados a quien pronto se convertiría en un amigo. El 18 de junio de 1922, Eliot cenó con Virginia y Leonard Woolf y leyó *La tierra baldía*. “Lo recitó marcando mucho la rima, como una letanía (...) No consigo apreciar con claridad el asunto que aglutina todos los pasajes...”. Quizá “Una vida dominada por la melancolía”, sugirió la escritora Mary Hutchinson, miembro del Grupo Bloomsbury. Sara Quintero dibuja con líneas evanescentes el paisaje onírico y emocional que envuelve la figura de Virginia Woolf, convertida en dama del tarot de *La tierra baldía*. “Tema la muerte por agua”. [*Chus Tudelilla*]